

su Religion por medio de las armas : ¡ pruebas sublimes de una Religion !

§ 4.

240. *P.* ¿Qué juicio debemos formar de la Religion de los Judíos ?

R. Esta Religion, en otro tiempo llena de grandeza y de majestad, fundada en la revelacion, é ilustrada con grandes sucesos, al presente está en algún modo anquilada : sin sacerdocio, sin altar, sin templo, sin sacrificio, y sin ejercicio de sus leyes; lo que de ella subsiste, conduce evidentemente al Cristianismo.

241. *P.* ¿Cómo, ó en qué, la Religion Judáica conduce al Cristianismo ?

R. Por la union íntima, é indivisible del Antiguo con el Nuevo Testamento : por las figuras, profecias, y dogmas que prometian un Legislador, tal cual le reconocen los Cristianos. Concordia y armonía admirable, que hizo decir á San Juan, que el Cordero de Dios, que quita los pecados de los hombres, habia sido muerto é inmolado desde el principio del mundo¹. La esperanza del Mesías es el dia de hoy como la esencia de la Religion de los Judíos, y este grande artículo de su fe ha tenido en agitacion constante en todos tiempos las colonias ó restos de esta nacion, dispersa tantos años ha².

242. *P.* ¿El estado actual de los Judíos concurre tambien, igualmente que su Religion, á probar la verdad del Cristianismo ?

R. Es claro. No ha habido jamás en el mundo estado semejante al en que se encuentran los Judíos; y este estado y situacion manifiesta visiblemente el castigo de Dios sobre este pueblo, atraido sin duda por un delito enorme é inaudito en todos los siglos. Nada explica mejor la naturaleza de este crimen, y justifica la conducta de Dios para con ellos, que la Religion cristiana, como lo veremos en el libro siguiente.

¹ In libro vitæ Agni, qui occisus est ab origine mundi, *Apoc.* XIII.

² El Ab. Rossi ha escrito la historia de muchos falsos Mesías, á quienes dieron crédito los judíos, y fueron ocasion de otros tantos castigos de la obstinacion con que rehusan conocer al verdadero. *Della vana aspettazione, etc.*

LIBRO IV.

DEL CRISTIANISMO.

CAPITULO I.

El Evangelio considerado en sí mismo.

243. *PREG.* En efecto, ¿no hay mas que una Religion en la tierra, que pueda fijar y satisfacer la razon del hombre prudente y sabio ?

RESP. No hay mas que una, una sola, y esta es el Cristianismo.

244. *P.* ¿Efectivamente, esta Religion tiene caracteres y señales seguras de divina, y el sello auténtico de la revelacion ?

R. Es imposible no convencerse de ello con la simple lectura del Evangelio, si se hace con un espíritu tranquilo, recto, y desinteresado. El hombre sincero encontrará en él el término de sus incertidumbres, y el virtuoso descubre las mas dulces, suaves, grandes y sólidas esperanzas. Es preciso que una Religion esté bien solidamente apoyada, cuando sus mismos enemigos le rinden y tributan homenajes tan gloriosos, como los que nuestros filósofos han dado al Cristianismo : referiremos solamente uno, que aunque repetido ya diversas veces, y en varios libros, no ha perdido nada por eso de su fuerza, ni de su verdad. « Os confieso, dice J. J. » Rousseau (*Emile*, t. III, p. 179. — *Répons. à l'Archev.* » p. 108), que la majestad de las Escrituras me arrebató, » y la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Registra » trad los libros de los filósofos con toda su pompa, ob- » servadlos; ¡qué pequeños son comparados con este ! » ¿Es posible que un libro, á un mismo tiempo tan su-

» blime, y tan sencillo, sea obra de los hombres? ¿es
 » posible que aquel, cuya historia nos refiere, sea un
 » puro hombre? ¿es aquel, acaso, el lenguaje de un
 » entusiasta, ó de un sectario ambicioso? ¡Qué manse-
 » dumbre! ¡qué inocencia en sus costumbres! qué gracia
 » tan tierna é insinuante en sus máximas, qué sabiduría
 » tan profunda en sus discursos, qué presencia de espí-
 » ritu, qué delicadeza, qué sutileza, qué exactitud en sus
 » respuestas, qué imperio sobre las pasiones! ¿Dónde
 » está el hombre, dónde el sabio que sepa obrar, padecer
 » y morir así, sin debilidad, ni ostentacion? Cuando Pla-
 » ton describe á su justo ideal é imaginario, cubierto de
 » todo el oprobio del crimen, y digno de todo el premio
 » de las virtudes, pinta rasgo por rasgo, y describe á Je-
 » sucristo; la semejanza es tan evidente, que todos los
 » Padres la han advertido, y no es posible engañarse en
 » ello. ¡Qué cúmulo de preocupaciones, qué ceguedad
 » no es preciso tener para atreverse á comparar al hijo
 » de Sophronisca con el Hijo de María! ¡qué distancia del
 » uno al otro! Sócrates, muriendo sin dolor, y sin igno-
 » minia, sostiene fácilmente su carácter hasta lo último;
 » y si esta cómoda muerte no hubiese honrado su vida,
 » se dudaría si Sócrates, con todo su ingenio, solo habia
 » sido un sofista. — Inventó, se nos dice, la moral. Otros
 » antes que él la habian practicado; no hizo mas que
 » decir de palabra lo que aquellos habian puesto por
 » obra; dar en lecciones sus ejemplos. Aristides habia
 » sido justo, antes que Sócrates definiese la justicia:
 » Leonidas habia muerto por su patria, antes que él di-
 » jese que era un deber el morir por ella: Sparta era
 » sóbria antes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad:
 » antes que él hubiese definido la virtud, la Grecia
 » abundaba en hombres virtuosos. — ¿Pero dónde apren-
 » dió Jesus entre los suyos aquella moral sublime y pura:
 » de que él solo ha dado lecciones, y ejemplos¹? De

1 Cuando Jesucristo explicaba su doctrina, se levantaba entre sus oyentes un grito general, que ningún hombre habia dicho jamás cosas semejantes: *Nunquam sic locutus est homo*. Joan. VII. — La gran diferencia de la doctrina evangélica á la de todas las otras doctrinas morales ó religiosas, forma efectivamente uno de los caracteres de la mision de Jesucristo, el cual nos ase-

» entre el seno del mas furioso fanatismo se hizo oír la
 » mas alta sabiduría; y la sencillez de las mas heroicas
 » virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La
 » muerte de Sócrates, hablando, y filosofando con sus
 » amigos, es la mas dulce que se puede desear: pero la
 » de Jesus, espirando entre tormentos, injuriado, escar-
 » necido, maldecido por todo un pueblo, es la mas hor-
 » rible que puede temerse. Sócrates tomando la cicuta,
 » bendice al que se la presenta, el cual llora al tiempo
 » de dársela; pero Jesus en medio de un suplicio terri-
 » ble, ruega por sus mismos verdugos. Es indudable: si
 » la vida y muerte de Sócrates son de un sabio; la vida
 » y muerte de Jesus son de un Dios. — ¿Diremos que la
 » historia evangélica está inventada á placer? ¡He! no
 » es así como se inventa¹; y los hechos de Sócrates, de
 » los cuales nadie duda, están mucho menos testificados
 » que los de Jesucristo. — En fin, eso es huir la dificul-
 » tad, no desatarla. A la verdad, seria mas inconcebible
 » que muchos hombres se hubiesen puesto de acuerdo
 » para componer este libro, que el que uno solo haya
 » sido el sujeto de él. Los autores judíos jamas hubieran
 » encontrado aquel estilo, ni aquella moral. Confesé-
 » moslo: el Evangelio tiene tales caracteres de verdad,
 » tan grandes, tan manifestos, tan perfectamente inimi-

gura por sí mismo que su legislacion es nueva, que sus preceptos son de otra naturaleza que los de los antiguos; y finalmente, que la promulgacion de su ley reformará el mundo entero: *Mandatum novum do vobis*. Joan. XIII. *Audistis quia dictum est antiquis*, etc. *Ego autem dico vobis*, etc. Matth. V. *Ecce nova facio omnia*. Apoc. XXI.

1 Es evidente, por la sencillez misma de la narracion del Evangelio, que los Evangelistas no han tratado de inspirar admiracion por su Maestro. Voltaire grita (*Conseils raisonnés adressés à M. B. n. X*), que esto no es así, pues que refieren cosas admirables; este rasgo solo basta para conocer la lógica del poeta filosofo... Los Evangelistas hablan sencillamente de su doctrina, de sus milagros; no añaden reflexion alguna para realzar su grandeza; cuentan su suplicio y su ignominia con la misma ingenuidad que los honores y aclamaciones de los pueblos. *Ibi crucifixerunt eum, et latrones, unum à dextris, et alterum à sinistris*. Hé aquí la catastrophe, y el hecho principal de aquella historia.

» tables, que el inventor de él sería aun mas de admirar que el héroe mismo ¹.»

245. *P.* ¿Son muchos los testimonios de esta especie dados á la verdad del Evangelio, y á la santidad de su moral, por hombres imparciales y nada sospechosos?

R. Es casi imposible recogerlos todos. En primer lugar sería necesario para ello reunir todo cuanto han escrito los filósofos de los tres primeros siglos, los cuales abandonaron la idolatría, y renunciaron á todas las ciencias por profesar la ciencia de Jesucristo. Conveniría examinar despues todo lo que los incrédulos de todas las edades han pensado y dicho del Evangelio en los momentos de calma y de juicio; y se oiria á los Desbarreaux, Bayles, Voltaires, etc., hablar lo mismo que á los Padres de la Iglesia. A esto sería preciso añadir el juicio, que los políticos y literatos de todas las naciones del mundo han formado de la ley cristiana. Referiremos solo dos, que son menos conocidos. El Emperador de la China en el siglo VII, en el edicto acordado (el 636) para la publicacion del Evangelio, se explica así: « La verdadera ley no tiene nombre particular, y los santos » no limitan su zelo á los confines de un lugar solo: el » deseo de ser útiles los conduce á todos los países del » mundo. Un hombre de Judea ha venido á nuestra Corte » á anunciar una doctrina nueva. Despues de un maduro » y detenido examen hemos admirado la grandeza y al » mismo tiempo la sencillez de esta Religion, y hemos » juzgado, que señala el verdadero camino de la salvacion. » Es por otra parte conforme á la opinion de la creacion » del mundo; por lo cual pensamos, que nuestros súbditos » sacarán de ella grandes ventajas, y por lo mismo » creemos un deber nuestro el procurar que la conozcan. » El edicto de 1692 es aun mas favorable al Cris-

¹ Véase sobre esta materia el tratado de Milord Jenyns, intitulado: *Exámen de la evidencia intrínseca del Cristianismo*: obra llena de pensamientos nuevos, y muy á propósito para hacer una grandísima impresion en un corazon recto. El autor es verdad, que no es siempre exacto ni equitativo hablando de los católicos; por lo cual conviene leerse por la edicion de Lieja de 1779, en la cual están corregidos estos defectos con varias *Notas*, que sostienen la verdad en todos sus derechos.

tianismo. Los cristianos mas fervorosos no han hablado de Jesucristo con mayor admiracion, ni de una manera mas sublime, que lo hizo un poeta persa; el cual le dirige estos versos traducidos por M. d'Herbelot. (*Bibliothèque orient.* art. *Issa ebn. miriam.*)

El corazon del hombre atribulado
En tus palabras el consuelo encuentra:
Y con solo escuchar tu dulce nombre,
Vida y vigor el alma recupera.
Si contemplar los altos atributos
Quiere el mortal de la divina Esencia,
De tí saca la luz para admirarlos;
Tú le das el placer que le penetra.

246. *P.* Pero ¿no se halla la excelencia de la doctrina evangélica tambien en los filósofos? Si se reuniesen en una sola obra lo bueno que han dicho Platon, Sócrates y Confucio etc., sobre la Divinidad, y sobre la moral ¹ ¿no formaria tambien una coleccion considerable?

R. Siendo los preceptos del Evangelio tan conformes á la razon y á la justicia, es imposible que los sabios de todos los siglos, al tratar de los deberes del hombre, no hayan enseñado algunos. Pero es una insensatez querer comparar la totalidad del Evangelio con algunas máximas paganas. Estas eran como fósforos dispersos, que daban aquí y allá algún resplandor de una luz efímera, á la manera de relámpagos que brillaban entre las tinieblas, sin poder producir una claridad universal, duradera y permanente. Freret en el *Exámen critico de los Apologistas*, viene á discurrir poco mas ó menos de esta suerte: « Una máxima de la ley cristiana se encuentra en los filósofos, otra en los legisladores: una es predicada en la China, otra en el Egipto ó en el Japon: aquélla era conocida en tiempo de Pitágoras; esta quinientos ó seiscientos años despues: luego los hombres no han sido mejor instruidos por Jesucristo que por los paganos. » Los Obispos de Francia, en la *Advertencia* dada á los fieles del reino el 1779, oponen á esta falta de sistema y de union ¹ el enlace y encadenamiento de

¹ « Jamás supieron, dice Lactancio (*De vitá beatá*, l. 7.), lo que » es un cuerpo de doctrina, aunque hayan tenido alguna luz de

los dogmas cristianos. « Estas no son, dicen, ideas vagas y confusas; conocimientos superficiales y sucesivos, ráfagas de luz, ó fósforos aparentes, que de tiempo en tiempo, ó por intervalos, vienen á alumbrar ó deslumbrar los espíritus: todas las partes de la Religion están enlazadas entre sí; se prestan mutua fuerza, se apoyan, y están coligadas con relaciones necesarias: ninguna verdad es allí estéril, ni aislada. » El P. Mourguès ha demostrado también la gran superioridad de la moral evangélica sobre la de los filósofos ¹. Aun los que conocieron mejor las verdades metafísicas y morales; mezclaron entre ellas los mas extraños errores; les asociaron doctrinas contradictorias, y por último no se han aprovechado de ellas, ni sacado utilidad ni auxilio alguno para arreglar su conducta, teniéndolas, como decía S. Pablo, *cautivas en la injusticia*; es decir, haciéndolas inútiles por su abominable vida. Maupertuis observa que algunas máximas del Evangelio y de la filosofía, aunque propuestas casi en los mismos términos, tienen no obstante en aquel una extension y motivo bien diferentes que en esta. « Los primeros nazarenos, ² dice el autor de las *Cartas Judías*, á quien se puede citar á los filósofos sin escrúpulo, han predi-

» muchas de sus verdades. Cada uno por su parte ha hallado alguna pieza, digámoslo así, de las que debían entrar en él; pero no llegaron á reunir las ni á deducir las consecuencias de los principios. » « Es necesario, añade un autor moderno, que la moral de Jesucristo sea muy excelente, muy conforme y acomodada á las necesidades y á la felicidad del hombre; pues que los sabios gentiles, aplicados á recoger las luces que una sana razon les sugeria y presentaba, han percibido, no su serie y entera coleccion, sino algunas lecciones separadas, aunque siempre preciosas y saludables. »

¹ *Paralelo de la moral cristiana con la de los filósofos antiguos*. Hablaremos mas extensamente de esto en el cap. III, art. 6, § 9. Puede verse también una obra italiana: *Sobre la vanidad é insuficiencia de la filosofía antigua comparada con los preceptos y máximas de la moral cristiana*, por el Ab. Cayetano Sertori, Roma 1777, traducida al francés el 1783, París.

² Así llamaba este escritor en el tiempo de su delirio filosófico, por mofa á los cristianos. Al fin, murió arrepentido, y repitiendo al que le auxiliaba: *Padre actos de fe, que he pecado contra la fe.*

» cado una doctrina tan conforme á la equidad, y tan útil á la sociedad, que sus mayores contrarios convienen hoy en que sus preceptos morales son infinitamente superiores á los mas de los sabios filósofos de la antigüedad. . . . La fe de los nazarenos, cual la predicaban sus principales doctores, tiene mas nobleza que la nuestra: admiten todos nuestros principios y parece que han purificado las consecuencias: la nuestra tiene un no sé qué de ferocidad y dureza, y la suya parece dictada por el mismo Dios. La buena fe, el candor, el perdon de los enemigos, todas las virtudes que el espíritu y el corazon pueden abrazar, les están estrechamente mandadas. Un verdadero nazareno es un filósofo perfecto. En las otras religiones el hombre vive como esclavo, y parece que no sirve á Dios sino por interés; solo los nazarenos son los que tienen el corazon de un verdadero hijo para su amado Padre. » — Un niño de siete á ocho años, medianamente instruido en su religion, sabe hoy mas acerca de las perfecciones de Dios, de su último fin, de sus deberes y obligaciones, que el filósofo mas célebre de la antigüedad: por esta razon, sin duda, la raza de los filósofos paganos se acabó con el paganismo en el sexto y séptimo siglo de la Iglesia. No se trataba ya de filósofar siguiendo las huellas de Platon, ó de Epicuro: el Cristianismo extendido por todas partes, infundia mayor luz en el entendimiento humano ¹, que todo cuanto habian podido inspirar los ejercicios del Liceo y del Pórtico, á los decantados filósofos de la Grecia ².

¹ Estamos en el caso de decir con David: Super omnes docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est. Super senes intellexi, quia mandata tua quæsi. *Ps. CXVIII.*

² Bajo el magisterio é instruccion de aquellos hombres tan alabados, el mundo estaba, segun la reflexion de San Pablo, en una especie de infancia, y reducido á los primeros elementos en la ciencia mas necesaria á su felicidad; pero últimamente llegó el tiempo en que Dios nos ha dado las noticias mas seguras y extensas por el ministerio de su hijo: Cum essemus parvuli, sub elementis mundi eramus servientes; at ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum. *Gal. IV.*